

UNA EDAD en que la mayoría de los seres humanos ha cruzado la última cordillera. Diego Dublé Urrutia goza de vehemente salud. El poeta nació el 8 de Julio de 1877 y tiene 84 años.

Su charla es intensa, casi torrencial. No me gusta guardarme las cosas. Se me pudren. Como estoy encerrado aquí sin cátedra, me sale todo lo que tengo dentro.

No tiene arrugas en la cara. Sus bigotes blancos se rebelan contra la simetría. Es nervioso y tenso. No se queda quieto un solo instante. Se entrega con igual calor a evocaciones del pasado y a lucubraciones sobre el presente. Habla de su poesía y amigos de antaño. De su vida de diplomático y de su conversión al catolicismo. De las explosiones nucleares y del arte abstracto. De la Corte del Emperador Francisco José y de la muerte de su padre. Se indigna o se enternece según el tema que trate. La tónica de la charla y aun de su personalidad es la vehemencia.

No hay pregunta que valga. Don Diego tiene la palabra. El tiempo no existe.

—A los cuarenta hablaba mucho más. Estoy enfermo de silencio. Tengo muchas cosas en la cabeza y ya no las puedo escribir.

Cada rincón de su casa de calle San Martín 32 encierra un recuerdo. Sabe exactamente dónde se halla cada obra en su leída y subrayada biblioteca de cinco mil volúmenes. Veinte cuadros de su amigo Juan Francisco González y grandes reproducciones de Velázquez conviven con dibujos de los jóvenes alumnos de la cercana Escuela Experimental Artística que a veces le visitan. Retratos familiares, de amigos y de personajes que tienen sentido afectivo para él cubren hasta el último hueco en las paredes.

Frente a la chimenea de su escritorio se evoca la tradición militar de los Dublé. El florete de su padre, un gran sable de caballería de la Guerra del 79 y su propio florete de diplomático.

Rodeado de tantos amigos, los días se le hacen cortos. Vive en la gran casa con su esposa Mercedes, hermana del poeta Vicente Huidobro. Casaron en 1925. El le dice Chita.

No tuvieron niños y en la casa se oye de menos el alegre repiqueo de nietos y biznietos, pero la tierna relación del matrimonio abunda en los pensamientos de difícil soledad. Se cuidan recíprocamente en forma emocionante.

—Si me retrata a mí solo —dice Don Diego— no sale más que la mitad.

—No quiero aparecer en el papel, sino que se me divise dentro de él, dice la señora Chita y sólo que no se publique su fotografía.

EL POETA

Diego Dublé nació en Angol, la capital de la Araucanía, cuando tenía apenas 13 años de fundado por sus padres. Era la época de las últimas luchas con los araucanos. Su abuelo, Basilio Urrutia, fue general en jefe del ejército de la región.

Su padre, el teniente coronel Baldomero Dublé Almeida, fue gravemente herido en la batalla de Chorrillos. Le embarcaron a Chile y cuatro hombres le llevaron en camilla a la casa. En la calle la muchedumbre gritaba: "Viva Dublé Almeida", mientras el militar, con melancolía, sonaba, dijo a sus acompañantes: "Dublé Almeida no vivirá". El pequeño Diego no cumplía aun los cuatro años.

—Creí que fueron los hombres quienes le hirieron y me lancé sobre ellos para morderles. Lo recuerdo como si fuera el día de hoy. Dos semanas más tarde falleció mi padre.

Quedó entregado a los cuidados de su madre y de su mamá Paulina. Estudió dos años en el Seminario de Concepción y después en el Instituto Nacional. En 1897 aprobó su bachillerato.

—Quise ser ingeniero, imitando a mi padre; después, arquitecto. Mi incapacidad matemática me negó ambas profesiones. Ingresé entonces a Leyes, pero antes de terminar mis estudios me llevó la fortuna a la diplomacia. En ella pasé cerca de un cuarto de siglo en 17 naciones. Esto me ha dejado con el título de Ministro Plenipotenciario en retiro. Pero en los registros electorales aparece con la profesión de estudiante. Se escandalizó el escribiente cuando me declaré por tal. No quería inscribirse y sólo se somoñó cuando su jefe, hombre inteligente, le ordenó que lo hiciera. Exista ha sido mi profesión durante 34 años: estudiar y leer. Desgraciadamente no me permite votar en las elecciones universitarias ni viajar barato en micro. Gracias a mi cual profesional de poeta puedo hacer lo imaginativamente.

Esta profesión de poeta se manifestó a los 10 años, cuando escribí "un pequeño periódico y primitivas poesías sobre temas míticos y morales". En el Instituto Nacional participé activamente en las Academias Literarias y su primer volumen, "Veinte años", apareció en 1898. Samuel Lillo reunió entre los profesores el dinero para editarlo. Los 600 ejemplares se vendieron en "una o dos semanas". "Del Mar a la Montaña" 1903, se publicó en la misma forma. Fueron mis ejemplares que costaron mil pesos. Ahí describe las minas del carbón como "la negra ciudad de los ayeses del zol". Dice:

—Contuvo la primera poesía de carácter social, en Chila. Creo que hasta hoy las recitan en Lota.

En 1953 apareció en Nacimiento "Fontana Cándida", recopilación de los poemas de Dublé de 1896 a 1952.

Mariano Latorre dijo en una entrevista de Rubén Azocar (1953): —Dublé fue el primero de todos. Lo recuerdo bien. De él provienen profundas orientaciones de nuestra literatura: el costumbrismo y, por qué no, el erasmismo. Baldomero Lillo, Federico Gana, Fernando Santibañ, yo mismo. Dublé dio realidad y objetividad al campo. Habló del indio, de los trabajadores, describió ambientes, la tierra del Sur, los ríos. Diferenció los árboles de la selva: robles, coigües, culén, colihue. Escribió, tenía diapas, totes. Por entonces en poesía como en novela se decía: árbol, ave, simplemente.

El escritor Rafael Maluenda opina: —En Dublé hay una concepción profunda de la mentalidad del chileno.

Y el propio poeta cuenta: —De niño, en la Frontera, en la naturaleza. Cuando comencé a escribir versos, todo eso comenzó a salir.

En 1942 publicó "Memoria Genealógica de la Familia Dublé". La labor poética de don Diego está ligada a la primera mitad de su vida.

Alone plantea la posibilidad de que "el puesto diplomático acabó con el escritor".

A su vez, el escritor primó sobre el pintor. En 1903, bajo los auspicios de Juan Francisco González, expuso una colección de paisajes y marinas. También publicó caricaturas. Recuerda a su maestro:

—Juan Francisco tenía 30 años más que yo, pero éramos como hermanos. El influyó en todos sus amigos poetas. Nos ayudó a ver el paisaje y los colores.

La obra de Dublé aun vive y a veces en forma bastante práctica para el poeta. A veces debe efectuar algún trámite ante una oficina pública.

—No se atiende. Vuelva mañana a las 10, suelen decirle.

—Puedo hablar con el jefe, señor Dublé.

—No está para nadie, le responden.

A esa altura se da a conocer. El empleado le da la mano, lo conduce a un asiento y, mientras le atiende, recita un poema que forma parte de los recuerdos de todo colegial.

"Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina escuchando los cuentos de la vieja (Paulina)".

Y Dublé dice con orgullo: —Esta pequeña poesía me abra todas las puertas. Todos se la saben de memoria. Pasaron encima diez generaciones de poetas y no la atropellaron.

En 1958, muy tardíamente, se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Sus primeras palabras, cuando la noticia le fue comunicada por su esposa:

—Qué canallada!

Había sido partidario de Emilio Rodríguez Mendoza para el premio. Le indignó que no se lo otorgaran. Pero, en el fondo, el Premio Nacional le produjo una satisfacción. Guarda todas las felicitaciones que recibió en aquellos días, algunas aun aunadas en llamadas telefónicas que recibiera. También sabe muy bien quiénes no le felicitaron.

EL DIPLOMATICO

A don Diego le agrada hacer tertulia en la Sala de Exposiciones del Ministerio de Educación. Suele sorprenderse de que haya tantos pintores y a veces opina sobre algunos:

—No estoy de acuerdo con esta revolución que trata de transformar al ser humano en algo abstracto. Uno mira el cuadro y ve que en el catálogo dice: "Tren que atraviesa la Cordillera". Pero más se parece a un gato comiendo dulce de membrillo.

Un día alguien está decir que la Guerra del Pacífico tuvo causas económicas.

—Mire, señor —estaba don Diego—, usted nació ayer. Mi padre murió en la batalla de Chorrillos. No se logró acuerdo entre las partes.

Cuando conversa en la Sala del Ministerio y cuando recibe visitas en su casa le gusta recorrer el pasado.

En 1906 fue 2.º Secretario en la Legación de Chile en París. Conoció todo tipo de gente, desde la viuda de Zola y Dreyfus, hasta el Príncipe Sixto de Borbón de Parma. Colaboró en la revista "Le Semeur" junto a Bataille, Maeterlinck, Anatole France. Los días martes había tertulias literarias en su casa.

—Para hacer mis reuniones, compré 60 tazas de té, galletas y creo que también cerveza. El Embajador Enrique Salvador Santuencos, que no conocía a nadie, siempre me preguntaba de dónde sacaba tanta gente.

En Viena fue Encargado de Ne-



RETRATOS

Diego DUBLE URRUTIA

Texto y fotos de GERMAN EWART

gocio interino. En un baile de la Hofburg fue presentado al Emperador Francisco José. Tenía 32 años pero representaba 20. Cuenta:

—El Emperador viejo me miró y dijo: "Tan joven". Le respondí: "Majestad, es la apariencia. Ya estoy en los 33." Casi le dije: "A mí están vuestra Majestad ya era Emperador 8 años", pero me contuve. Al regresar a mi lugar, los cortesanos querían saber lo que habíamos conversado. No pude resistir la tentación de mentir un poco y adjuntar en la frase que prudentemente callé unos momentos antes.

En esa misma corte, la Condesa Tolstol le preguntó un día:

—Dígame, señor Dublé, ¿qué trajes viste usted en Chile?

—Los hombres vistían a la moda de Londres y las mujeres según la de París.

—No, el verdadero traje, insistió ella con una marcada sorna sardónica.

—Condesa —respondí—, me voy a ver en la necesidad de decirle que es el mismo que todos llevamos de bajo del otro.

Continuán las evocaciones:

—Llegó el Rey Alberto I de Bélgica a visitar a Francisco José. Era un geógrafo profundo. Murió de

eso, cayéndose de una roca. Cuando me presentaron al Rey, modesto y encogido, me dice: "De Chile? Qué felices son ustedes. Debieron ser trolé, pero no lo son". Y sonreía como si fuese algo extraordinario, añadiendo: "Cuando los vientos alisios deben llevar las lluvias tropicales al norte de Chile, se encuentran con la cordillera, y su país, que es un sendero al pie de los Andes, se queda sin trolé". Algo análogo me explicó Barros Arana en el colegio, pero entonces no lo entendí.

También conoció al Kaiser Guillermo II. Guardó aún la invitación al baile en que le fue presentado. Al dorso escribió una descripción de Guillermo. Luego aparece una tarjeta del Príncipe Von Bülow: el barómetro que su padre usó en la Guerra del Pacífico; cartas de Unamuno, Carducci, Max Nordau, Rubén Darío, Emilia Pardo Bazán, Claudel y muchos otros que vieron juicios muy favorables sobre su poesía. En algún cajón yace "un pequeño saco" con cartas de Gabriela Mistral. En otro, algunas obras inéditas. Hay más de mil cartas. Además, recortes y documentos de todo tipo. En su escritorio, un ordenado montoncito de correspondencia espera respuesta.

—No crea que me la paso flojeando. Aunque me demore un poquito, respondo a todo.

RADICAL Y CATOLICO

Cada año le un clásico completo: en 1890 fue Petrarca, antes el "divino Homero". Este año, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

En su lectura matutina de "El Mercurio" manifiesta cierta desconfianza frente a la United Press, la Associated Press, la Reuters Press y todas esas presas. Prefiere el "Observatore Romano", que le llega regularmente, aunque con atraso. Todos los domingos se confiesa, va a misa y comulga. Si tuviera salud —dice— lo haré todos los días.

Esa fe religiosa no se puede pasar por alto. Marca toda una evolución. En su juventud fue lo que otro octogenario describe como "come curas y monjas en pasteleo". A los 18 años ingresó el Partido Radical. Fue secretario de la Asamblea de Santiago y defendió sus puntos de vista en varios diarios.

Don Diego admite que "alimentarse de ideales era la característica de los radicales de la época". A su

vez, el senador González Madariaga evoca ese período de su partido con la frase de Gambetta: "Le clericalisme, c'est l'ennemi".

La conversión de Dublé Urrutia en 1928 fue un hecho sonado que "produjo un ruido escandaloso, no buscado por él". Cuenta:

En el Instituto Nacional me hicieron bastante furioso. Poco a poco me arrancaron la fe en el colegio. Fue una ola francesa, torpe. Los muchachos salíamos echando abajo el ciclo. Pero era un radicalismo juvenil, normal y decente. Recuerdo que aprovechamos un Congreso Eucarístico para hacer una celebración por nuestra cuenta. Hicimos una procesion por las calles, con banderas y monjes, cantando la Marseilles. Hasta los protestantes se nos juntaron.

—Mi madre, muy católica, no decía nada. Años después supo que había reñido por mí a congregaciones enteras. Como la madre de Claudio Blest. Claudio era un irlandés anglicano. Y terrible como todos los irlandeses anglicanos. Lo quiero mucho.

El proceso de la conversión no fue súbito o interesado como algunos han querido suponer.

Pero mi calidad de radical apenas puse pie en Francia. En Chile se me había enseñado que el mundo comenzaba con la revolución francesa. Esa educación liberal y positivista le descartó al trabajar con Claudel en Europa. Me dijo: "Caramba! No has estudiado nada!" Y comenzó de nuevo.

El contacto con Claudel también influyó en sus inquietudes religiosas. La vida diplomática llevó a Dublé a Roma. Ahí, en los comienzos de la primera guerra mundial, conoció a Claudel y a la sazón al mundo comercial en la Embajada de Francia. Se hicieron amigos. (Dublé conserva apuntes de sus conversaciones con el escritor francés. Dedicó publicitarios).

—Un día Claudel, hombre napoleónico para sus cosas, me preguntó: "¿Por qué no es usted católico?" Le di una serie de razones. Entre ellas, que no me gustaban el clero y las sotanas. Claudel me robó. No le di la razón de fondo de que no quería confesarme, pero esas conversaciones dejaron su huella.

—Su esposa influyó en la conversión?, pregunto.

—Naturalmente. Por su ejemplo. En eso llegó el año 1928.

—No había escrito durante años y tenía un torpe por dentro. Me casé a ver a Monsiñor Casanueva, Rector de la Universidad Católica. "Dígame, los niños le convidan para que diga un discurso". "De qué puedo escribir", pensé. La Profesión de Fe me salió sola. Cuando iba en la mitad, estalló de rodillas. Así la concluí.

Desde entonces fue católico observante. Polemizó sobre materias religiosas y se dedicó seriamente a su estudio. Hasta estudió latín en el polivalente (1937-38) "para facilitar esos estudios y la práctica religiosa".

LA ESPOSA

Chita, su esposa, es suave y tranquila. Mientras don Diego muestra sus recuerdos, ella lleva aparte al periodista para que vea sus rosas:

—Son las rivales del poeta. Con dulzura habla de su esposo: —Se preocupó por dentro. Me casé a ver a Monsiñor Casanueva. Rector de la Universidad Católica. "Dígame, los niños le convidan para que diga un discurso". "De qué puedo escribir", pensé. La Profesión de Fe me salió sola. Cuando iba en la mitad, estalló de rodillas. Así la concluí.

reñores. Tiene amigos desde niños de 12 años hasta gente de su propia edad. Lo conocí cuando recién tenía 14 años. Mi hermano Vicente lo llevó a la casa. Ahí estuvo sentado entre la gente grande. No me llevó de apunte. El encuentro fue después.

—Es más bien obediente. Como no pisa la realidad, se deja llevar. Es manso con los remedios. Siempre se erra algún motivo para camuflar sus cuerdas. Los médicos dicen que le hace bien andar un poco. Es dulcero como un niño, pero como se le sube el azúcar, tengo que esconderle las golosinas. Las ratrahe hasta descubrirlos. Es como un niño con años. Lo he mirado siempre como hijo. Aborrece los Bancos. Hace los trámites, pero sufre. No es para eso. Me gusta que sea así.

EL CARAMILLO

A Don Diego, ya "no le atrae la mente ni la mano para hacer poemas". Pero se mantiene "al día y opinando".

Europa va produciendo su gran literatura. Lo de ahora son extravagancias.

—En América recién comenzamos. Aquí la unidad de tiempo es pequeña, la del espacio, enorme. En Europa es todo lo contrario. El espacio es pequeño. El tiempo, la tradición, grandes. El tiempo nutre, es alimento.

Los jóvenes vienen a verme porque hay una reacción contra la deformación del arte y de la poesía que marca la decadencia de Europa.

En una mesita están los libros que le envían algunos poetas jóvenes.

—Los leo y los releo con mi señora que sabe más que yo.

Don Diego se aparta de los libros. Desenterra algunas cajas. Emergen hermosos y bien terminados caramillos. Los confeccionó él mismo hace unos veinte años. Dos veranos trabajó diez horas diarias. Salía por los campos y las quebradas a buscar su materia prima.

—Quise hacerles un instrumento a los niños de Chile para que tuvieran una flauta que pudieran tocar en el campo.

Se lleva el instrumento a la boca. Toca el "Danubio Azul". Luego la Canción Nacional.

Ese momento, como tantos otros de la larga charla, evoca algunas palabras del propio poeta, escritas hace 60 años.

"En el silencio de mis noches (líricas viene el pasado a mi aposento, y vago, murmurando canciones olvidadas, por el viejo panteón de los recuerdos".

Obras Inéditas

Cuatro obras inéditas yacen en los cajones de Diego Dublé Urrutia Son:

—"Lemuria" (1909), novela fantástica del género de "Los Viajes de Gulliver"; "Capitalismo Internacional y América Latina" (1914), conferencias universitarias; "Poemas en Prosa" (Italia, 1916) y "Reflexiones Nacionales" (1928).

No ha escrito sus memorias. Suele decir:

—Tengo recuerdos para llenar veinte tomos de memorias. A veces digo que ya llevo nueve y la gente me cree. Pero no es cierto.

